

EL SUJETO DE ARRIBA Y EL SUJETO DE ABAJO. REPRESENTACIÓN Y SUBJETIVIDAD EN JOSÉ MARÍA ARGUEDAS Y JOSÉ REVUELTAS

Mauricio Zabalgoitia Herrera

Universitat Autònoma de Barcelona

mauricio.zabalgoitia@gmail.com

Cita recomendada || ZABALGOITIA HERRERA, Mauricio (2013): "El sujeto de arriba y el sujeto de abajo. Representación y subjetividad en José María Arguedas y José Revueltas" [artículo en línea], 452°F. *Revista electrónica de teoría de la literatura y literatura comparada*, 8, 144-155, [Fecha de consulta: dd/mm/aa], < http://www.452f.com/pdf/numero08/08_452f-mis-mauricio-zabalgoitia-herrera-orgnl.pdf>

Ilustración || Raquel Pardo

Artículo || Recibido: 22/05/2012 | Apto Comité Científico: 07/10/2012 | Publicado: 01/2013

Licencia || Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License



Resumen || El presente artículo lleva a cabo un proceso comparativo entre dos novelas cercanas en el tiempo, *Los ríos profundos* de José María Arguedas y *El luto humano* de José Revueltas, y cuyo carácter irruptivo, en torno a la continuidad central, las haría parecer actos cercanos o similares, ya sea frente a la Historia o frente a los sistemas literarios nacionales y continentales en los que aparentemente se inscriben. Sin embargo, y a través de reflexiones relacionadas con complejos de subjetividad y un límite de representación, dichas enunciaciones se revelan como actos dispares en cuanto a su relación con los sujetos indígenas (aunque también populares y marginales); además, como versiones específicas de dialéctica, ideología y consciencia.

Palabras clave || Comparatismo | Dialéctica | Representación | Subjetividad | Indígenas.

Abstract || In this article a comparative process is performed between two novels, *Los ríos profundos* by José María Arguedas and *El luto humano* by José Revueltas. Their breakthrough character around the central continuity would make them seem close or similar acts, either in front of History or in front of the national and continental literary systems, in which apparently are part. However, and through reflections related to subjectivity complex and a representation limit, these enunciations are shown as different acts in front of indigenous subjects (but also popular and marginal). As well, as specific versions of dialectics, ideology and consciousness.

Keywords || Comparatism | Dialectics | Representation | Subjectivity | Indigenous.

Para Julio Ortega, la obra de José María Arguedas puede ser concebida como un mapa dialógico del Perú; ahí todo el mundo habla y su identidad se define por el lugar desde el que lo hace. De este modo, su escritura se presenta como un largo proceso de subversión de un (des)orden social jerárquico a partir de un orden de lo natural (cfr. Corrales, 2011). Sin embargo, desde otras instancias, su obra ha querido ser vista también como un fallo, una desviación de la continuidad establecida por un proceso de representación, desde la cual la novela sería un instrumento privilegiado para dar cuenta de la realidad de sujetos que a lo largo de la colonialidad y la emergencia nacional fueron marginados e ignorados. Frente al indigenismo al uso —pero también desde una moderna novela central y limeña—, las obras de Arguedas, sobre todo desde *Los ríos profundos* (1956) en adelante, son vistas como un problema ahí en donde el habla de las subjetividades —ese español *contaminado por el quechua*— dan cuenta de una lengua que *nadie* hablaba. Para Ortega ésta es la lengua del futuro, lo que haría pensar tanto en una dialéctica como en una utopía. Igualmente, para William Rowe hay un aspecto «profético en la obra del peruano; una capacidad para hablar del futuro que vendría dada por un extraordinario esfuerzo de análisis e imaginación» (Rowe, 1996: 14).

En México, hay otra literatura que en un punto *desea* hacerse cargo de cierta subjetividad oprimida, llevándola —liberada de sublimaciones y cosificaciones— al plano de la representación literaria, haciéndola *dialogar*. Ésta, la de José Revueltas, estaría marcada por una segunda novela que se desplaza hacia la geografía rural y desde ahí *hace hablar* a una variedad de sujetos del México de la primera mitad del siglo XX. La crítica, conformadora de *una* literatura mexicana, ha visto en esta obra los principios de la «nueva novela», así como de una cultura mexicana mestiza y emergente. Pero también ha remarcado la irrupción de ciertos sujetos que hasta hace muy poco sólo habían sido interpretados y reducidos a hablas y modos de ser cosificados; o a *tipos* de una mexicanidad posrevolucionaria, en la que el letrado habría vaciado todas las catexias que esa nueva sociedad, interesada por el mundo rural, proyectaba sobre los sujetos que otorgarían cohesión a las identidades nacionales.

En todo caso, tanto en *El luto humano* (1943) como en *Los ríos profundos*, las claves de lectura han venido siendo la multiplicidad subjetiva, la confrontación de universos culturales, la posibilidad de continuidades histórico-temporales alternas a las centrales occidentalistas, la presencia del mito y su carácter subversivo frente a la historia, la pluralidad del narrador; sin embargo, y a pesar de otros tantos puntos en común, ni una ni otra ocupan el mismo lugar en los cánones nacionales, en los continentales o, incluso, en las aproximaciones que han querido dar cuenta de literaturas irruptivas, descentradas, alternativas (Rama, Cornejo Polar, Lienhard).

Ahora bien, más allá del grado de penetración en la *centralidad de la estructura*, tomando la construcción de Derrida, crítica nacional o continental, lo que estas dos obras llegan a compartir es, en todo caso, una intención subversiva para con una constante a toda la experiencia literaria latinoamericana: la de un límite de representación indígena, marginal y/o popular, que podría ser, en realidad, el más claro y probable criterio aglutinador y cohesionador de la experiencia del subcontinente. De ahí, se piensa que a ambas novelas se pueda acudir para la reconstrucción de cartografías subjetivas que cuestionan las identidades fijas, recomponen los órdenes discursivos de *sus* indigenismos y regionalismos más próximos y contraponen nuevos sujetos frente al consabido *sujeto fuerte*, homogéneo y mestizo de los relatos nacionales y sus literaturas más cercanas. Pero hay otro punto que tanto las hermana como termina por mostrarlas como experiencias de otra continuidad. Se trataría del hecho de que en su consecución se encontrara la intención de revelar un proyecto; la propuesta de alguna construcción de futuro o de alguna variante de dialéctica *negativa* —tomando el término de Adorno—, que se constituyera como una verdadera opción *antisistema*; suerte de rechazo al principio de unidad, a la omnipotencia y a la superioridad del *concepto* (Adorno, 1990: 8). Afirmar esta identidad, para ambos escritores, habría significado el reducir la vasta multiplicidad a una violenta unidad que insistiría en contraponer individuos *como actores de sus actos* frente a entes ideales con valor axiológico, para así perpetuar su dominación.

Y un punto de comparación bien puede estar dado por la presencia de sujetos, cuyo grado de pertenencia a una cultura letrada, en algún momento los confronta con una realidad que los excede, los descentra (Cornejo Polar, 1996: 839). Y ya desde aquí es posible iniciar un recorrido que las revela como obras similares pero irreconciliables; parecidas en algunos principios de ordenamiento y desordenamiento de los sujetos, sus hablas y experiencias, aunque contrapuestas mediante nuevos límites impuestos por la noción dialéctica que ponen en marcha, así como por esos márgenes que provendrían de condicionamientos de materialidad discursiva, ideológica e histórica. Como enunciaciones situadas en un momento fundamental de la experiencia poscolonial latinoamericana —el de la aparente *liberación* de ciertos sujetos—, ambas darían cuenta no sólo de hacia dónde habrían conducido devenires históricos aparentemente comparables, aunque divergentes, sino de qué sujetos conformarían una realidad moderna confusa, que muy pronto se haría más compleja, dinámica y difícil de asir. Así también de las relaciones entre dichos sujetos —«sus hablas elocuentes, con los suyos y en su mundo» (Cornejo Polar, 1994: 220)—, pero además, de la relación específica que el complejo de representación dominante terminaría por establecer con una variada diferencia que ya era imposible negar.

En cuanto a la presentación de cartografías subjetivas que desestabilizan la unidad de los relatos de mestizaje nacionales, ambas novelas se presentan como constructos que hacen aflorar modos de conciencia y cultura desconocidos. Y ahí en donde el proyecto del peruano se pregunta acerca de cómo debían hablar estos variados sujetos culturales, estuvieran más cerca o lejos de la indigenidad, sea en su carácter mestizo o migrante, el del mexicano, más bien, y a partir del momento específico en el que *descubre* la realidad del México posrevolucionario, manifiesta una cierta confusión en cuanto al indio-campesino que *quiere representar*. Este desorden, conforme va avanzando la novela, va teniendo que resolverse. De ahí que establezca una tipología que ha de atenerse a la lógica subjetiva de márgenes ideológicos que prefiguran su acción fabuladora y que, de acuerdo a la construcción de una conciencia utópica de un campesino revolucionario y socialista, le obligan a clasificar a los entes ubicados en el amplísimo trecho que habría entre un polo y otro del *mestizaje*.

Y lo que en Arguedas resulta ser multiplicidad, una «explosión del sujeto», dice Cornejo Polar, que tiene el efecto paradójico de preservar, con intensidad creciente, la memoria del tiempo y los espacios que quedaron atrás, convirtiéndolos en un segundo horizonte vital que una y otra vez se infiltra, modelando las experiencias (Cornejo Polar, 1994: 209), en Revueltas resulta ser un reacomodo de conciencias que reactivan las categorías de la ambigüedad, el machismo, el complejo de inferioridad, la indiferencia ante la muerte, la desgana, el ocultamiento y el infundio (Montoya, 2008); es posible agregar la insistencia en una violencia desmedida. Esencias, todas, de una mexicanidad ligada a una noción de raza y a experiencias históricas más cercanas a la indigenidad, y que sólo podrían haberse debilitado de acuerdo a la penetración de una conciencia revolucionaria que fracasó. De este modo, el campesino-indio ilustrado, revestido de cultura, educación y socialismo, se contrapone al campesino-indio rural. Revueltas retorna a las viejas dicotomías de la colonialidad y su metafísica; no rompe con un binarismo que se sitúa como base desde esa dialéctica que ha de aproximarse a la realidad mediante opuestos desequilibrados. Finalmente, su proyecto de un socialismo mexicano también ve como única opción la asimilación del indio. Sólo que del indio ya en proceso de ladinización, que sería, finalmente, la tarea inacabada de la verdadera cara del proceso revolucionario. Y lo que viene a revelar, entonces, con mucha más fuerza, el complejo subjetivo subyacente a *El luto humano*, es cómo el barbarismo de un tipo de campesino-indio ya habría sido pervertido por las fuerzas erosionantes de un capitalismo injusto. Y cómo, por su parte, un campesino-indio de «buena conciencia», atado con mucha más fuerza a formas de vida arcaicas y rituales, terminaría por convertirse en *el subalterno de la subalternidad*. Un reacomodo de poder que, ciertamente, las literaturas homogenizantes y con tendencia

a convertir a los campesinos en *un* sujeto desfavorecido, aunque cohesionado, no habrían logrado mostrar.

Pero hay algo que resulta más que significativo en esta contraposición de una novela frente a otra. Se trata de la voz narradora. Mientras que en *Revueltas* las descripciones de los tres tipos de indio-campesino provienen de una instancia que conserva la autoridad del ensayista de ideas, y se complementan con la visión del cura, todavía como representante de un *criollismo* vigente en los sectores rurales, el Ernesto de *Los ríos profundos* se erige como una adelantada posibilidad, como un *sujeto migrante* que supera la coherencia inestable y precaria de conciliación de dobles ancestros del mestizo, siendo capaz de estar en «el ayer y el allá, de un lado, y [en] el hoy y el aquí, de otro» (Cornejo Polar, 1994: 209).

El complejo subjetivo de *Revueltas*, entonces, contrapone a un indio-campesino progresista con un ser mexicano esencial sumido en la miseria, en el hambre y en el odio. Este indio, ya muerto en la trama, deseaba transformar la tierra; su doctrina suponía un «hombre nuevo», que es finalmente el anhelo de gran parte de la crítica latinoamericana y mexicana contextual. Y es en este nivel en donde la ideología deja su huella y desde donde modeliza la realidad (Asensi, 2011). Y si en ambas aparecen los signos de modernizaciones desiguales, en la del mexicano una nueva jerarquía se apresura a *cerrar* a los sujetos posibles, a *anudarlos* en su carácter de nuevos actores —aunque conflictivos— de la modernidad, mientras que en la del peruano se insiste en ahondar en el interior de los mismos, recalando su fragmentación y la desestabilización que determinadas posiciones entre dos continuidades les provocan. Y habría que preguntarse si a pesar de que en esos campesinos de *Revueltas* también coexisten *dos tiempos*, y también se contraponen elementos de la modernidad frente a modos arcaicos, ¿cómo es que su conciencia de sí y del otro se presentan como una síntesis fatal, aunque estable, cuya edad se presenta como eterna?

Parece que lo que *Revueltas* mantiene es un orden simbólico europeo, con todo y esa vieja tradición que ya Marx había identificado con claridad en *El dieciocho brumario* y que Spivak recupera en su incidente trabajo (2009). Se trata del antiguo debate entre la representación o retórica como tropología y de ésta como persuasión, como discurso que proviene de un «soporte» y que recae en un «representante» (Spivak, 2009: 58). ¿Y de qué hay que persuadir a los sujetos? ¿Y cómo hay que nombrarlos, qué metáforas hay que darles? La función del autor en *Revueltas* es más la de ese intérprete que Marx veía en su *Dieciocho brumario*, es decir, un portavoz impregnado por una conciencia de clase que ora está atenta a la diferencia, ora a la particularidad, pero sin descuidar el límite de representación indígena-marginal-popular, al que antes

se ha hecho referencia.

A pesar de que ambas novelas narran, en determinados momentos, cuestiones parecidas —un viaje, cierta confusión subjetiva que las fuerzas de dominación intentan reordenar, el papel de la Iglesia y sus sacerdotes criollos, el episodio de la huelga—, lo cual no sólo da cuenta de la diferencia que subyace a la realidad subjetiva peruana de medio siglo frente a la mexicana —a sus modos nada correlativos en relación con lo indígena—, sino que también muestra cómo las fuerzas modernizantes, por una parte, al encontrarse con entramados epistémicos distintos, condujeron las posibilidades de la ficcionalización hacia zonas muy distintas. En el Perú, tanto en Churata como en Arguedas, el sujeto plural que asume experiencias distintas —situadas en tiempos y continuidades divergentes— adquiere una índole múltiple «dispersa, entreverada, capaz entonces —y por eso mismo— de abrir una amplia gama polifónica que incluye el sutil tejido de dos idiomas» (Cornejo Polar, 1994: 215). Mientras que la voz mutable que habla en *El luto humano* no logra silencio y sigilo a la hora de pasar de un sujeto a otro, de una a otra instancia de enunciación, unas veces situándose en la conciencia del indio-campesino más sanguinario y alejado de la moral subyacente a la conciencia de clase proletaria; otras en la del indio-campesino arrastrado por las fuerzas de una modernidad que nada sabe acerca de qué hacer con él y con las prácticas arcaicas que le quedan; otras más en la del indio revolucionario «aculturado», pero por las fuerzas de un marxismo telúrico y nacional. Y esto es quizá tanto por ese límite que se autoimpone ante el indígena más puro —al que describe con ternura y violencia, pero desde fuera, como *concepto*— al igual que por el hecho de que situarse del otro lado del liberalismo capitalista no significa que deba abandonarse la posición del sujeto fuerte y centrado, autoritario en más de un modo, y nada dispuesto a fisurar una identidad ya ganada y bien construida (Cornejo Polar, 1994: 215), y que *habría que* implantar en los sujetos dispersos del campo mexicano. Y si este sujeto entra en crisis en Arguedas, en México más bien parece afianzar su calidad de representante —pero como el intérprete bonapartiano de Marx—, preservando su identidad —y posición—, que es como la *garantía de su propia existencia*, diría Cornejo Polar (Cornejo Polar, 1994: 215).

Más allá de algunas cuestiones de conciencia, ideología e historia —que sin duda habrían atravesado el discurso de ambos escritores, tanto por la cercanía temporal como por los fracasos de los proyectos nacionales y la expansión de las fuerzas modernizantes—, la diferencia principal en cuanto al acto de representar, y en relación con las subjetividades, radicaría en la intención, no del todo abierta —o revestida por el marxismo y sus propias narrativas de apertura y sensibilidad subjetivas—, por parte del mexicano, de conservar a Occidente como sujeto (Spivak, 2009: 43). Sobre todo desde

los presupuestos de lo que el mismo Revueltas definió como ese *realismo dialéctico* mexicano; armazón epistemológico que habría condenado a su literatura a ubicarse dentro de los límites de la aculturación y asimilación del indio como pasos fundamentales para un mestizaje que luego podría formar parte de una universalidad utópica. En este punto inciden cuestiones como la posibilidad de otorgar al indio una conciencia proletaria —ésta vendría dada con el *campesinado*—, el establecer una relación con el mito y el pasado prehispánico como medios para la conformación de una identidad homogénea, el anhelo de un sujeto revolucionario situado más allá de la etnia, la raza o la clase, y la reificación de ciertas categorías de lo mexicano que ya habían sido activadas por Samuel Ramos, Octavio Paz y toda la maquinaria nacional, cultural o contracultural.

Antes se ha hablado de algún tipo de propuesta de futuro que subyacería en una y otra novela. En este sentido, la novela de Arguedas abre la puerta hacia una utopía que no es «síntesis conciliante sino pluralidad múltiple [...], que no abdica frente al turbador anhelo de ser muchos seres, vivir muchas vidas, hablar muchos lenguajes, habitar muchos mundos» (Cornejo Polar, 1994: 217). Y ahí radica su carácter de una variante de *dialéctica negativa*, que descuida la síntesis y contrapone una pluralidad multiforme que, en todos los casos, se ubica en el lugar más bajo de toda escala social como lugar de una «verdad» más poderosa, negativa y sabotadora¹. Por otra parte, la de Revueltas, con su idea del campo y sus indios-campesinos organizados como variantes *lumpenproletarios*, y con los presupuestos que esta acción conlleva en cuanto a lo que habría que hacer con la diferencia, la alteridad y los varios tipos de marginalidad resultante de los procesos de colonialidad y conformación de patrias, a lo que conduce es a un futuro penetrado por la conciencia de clase, en el que los indios-indígenas, finalmente, sobran.

Y éste es, quizá, un problema del marxismo en general, y de los proyectos nacionales en particular. Y aunque Revueltas, sin lugar a dudas, sitúa en el mapa de la representación al sujeto rural con todo y sus hondos conflictos —aspecto que ya es un acto arriesgado para la homogeneidad—, quizá frente a Arguedas o Rulfo se quede en ese nivel en el que para Hannah Arendt, como autor, se convierte en un reproductor, cuya acción «está tan indisolublemente ligada al flujo vivo de actuar y hablar» (Arendt, 1998: 210-211), que responde a ciertas necesidades de representación (Herlinghaus, 2004: 21). Éstas serían las del discurso marxista más alejado del discurso de Marx en sí, su dialéctica y su esencialismo de clase. Lo que nos lleva a reflexionar en cómo dicha condena se habría reproducido en una serie de literaturas posteriores, deudoras en múltiples modos a la emblemática novela de Revueltas, estableciéndose así una cierta clausura del conflicto. En los pasajes referidos a los indígenas, en *El luto humano*, parece

NOTAS

1 | El término «saboteadora» hace referencia a la reciente noción de «crítica como sabotaje» de Manuel Asensi (2011). A grandes rasgos, el teórico valenciano sostiene que todo texto cultural y literario ejerce una profunda modelización del mundo a partir de los silogismos de base que presenta como visiones de la realidad y de las experiencias. En este entramado, su noción crítica no sólo propone sabotear las maquinarias performativas que condicionan la vida, sino que reconoce la existencia de «maquinas sabotadoras» que ya hacen lo suyo en este entramado. La novela de Arguedas sería una, sin lugar a dudas.

quedar muy claro: están viviendo un tiempo que ya no les toca.

En la novela de *Revueltas*, es en el momento de la huelga donde el narrador intérprete, y su complicidad con la voz interna de Natividad (el *campesino ilustrado*), en donde el límite de representación aparece con más fuerza. Este momento tiene su contraparte en *Los ríos profundos* —en «El motín»—, como un tipo de evento que puede aprovecharse para dar cuenta de los complejos de subjetividad y representación. Arguedas, ahí, plantea una rebelión que quizá rompa con el orden y es capaz de penetrar en la variedad de entes, pasando por encima de la diversidad de conciencias y sus márgenes raciales y/o culturales. Así lo ha visto Asensi:

Lo importante no es ser blanco, mestizo o indígena, sino la posición ideológica [...]. En el modelo de mundo creado por Arguedas no hay racismo, no hay destino biológico, sino tomas de posición en función de un *pathos* y un *ethos* que se sitúan en el nivel de la sensibilidad. Dicho de otra manera: Arguedas falla a favor de la ideología (Asensi, 2012: 66-67).

Mas lo que *Revueltas* contrapone, en su episodio de la huelga, a la decepción posrevolucionaria, a los evidentes fracasos de la reforma agraria y a todas las grietas que el proceso de construcción de un Estado homogéneo ya presentaba, es un modo, finalmente, de utopía. La huelga ha de verse como un fracaso no sólo por el lado de la dominación y sus efectos de representación social, sino por la conmoción que genera la presencia del indio-indígena en la subjetividad misma del narrador y su personaje heroico. Ya desde antes de este episodio la subjetividad indígena es narrada en términos totalizantes: el indígena es visto como una nebulosa presencia que carece de poder alguno.

No eran [n]i sanguinarios, ni crueles, ni rebeldes, antes apagados, tristes, laboriosos, pacíficos y llenos de temor [...]. Constituían una fracción de un numeroso pueblo abatido y aniquilado por los gobiernos y que, con miedo tal vez de nuevas persecuciones, optaban hoy por la sumisión y la humildad (*Revueltas*, 2009: 81).

Y no es que se pongan aquí en duda los temas, conceptos y metáforas que el autor emplea para la descripción de la realidad ligada a los indígenas, los cuales planean alrededor de la subjetividad «mestiza» de la obras, sino lo que resalta es el límite que ese mismo autor-narrador marca en relación a dichos sujetos. En los mestizos revestidos de pulsiones varias y en los criollos, esta voz *entra* y *sale* convirtiéndose en un modo de conciencia que tanto refleja como modela, pero los indígenas son impenetrables y sólo se puede intuir lo que sienten y lo que les acontece desde la observación y la interpretación. Es más, pareciera que no fueran *hombres*, y que su historia ya ha sido clausurada; *viven de prestado*, según un dicho

popular mexicano. Paradójicamente, son *jeroglíficos* transparentes en su miseria. Y están cansados —dice el narrador— de las luchas que *antes* tuvieron.

En la huelga, estos «pobres» indígenas son usados como «esquirolas», engañados y emborrachados. En el siguiente fragmento se puede observar bien cómo desde un entramado retórico se sintetiza la condición histórica y existencial de los indígenas, aunque no se supere el límite impuesto por la voz narradora en cuanto su estatuto como otredad:

Antes de quince días presentáronse unos cuarenta indígenas, los pobres completamente borrachos. Habíanles ofrecido primero tequila y mezcal, pero lo rechazaron a cambio de alcohol puro. Las grandes copas de alcohol asestaban una puñalada certera, vertiginosa, y los indígenas pusiéronse dulces e incomprensibles al primer golpe y muy tristes, mirando con agradecimiento humillado y tierno al enganchador que de tal modo los regalaba [...]. Les daba tristeza pero a la vez una cólera, a medida que el alcohol penetraba. Eran el rencor y el sufrimiento. Aparecían de súbito sus dolores, y la impotencia terrible frente a eso pesado, oscuro y antiguo, les humedecía los ojos, y quién sabe por qué, siempre de agradecimiento, de sumisión y de súplica. Otra copa más (Revueltas, 2009: 158).

Este fragmento, que es tanto terrible como bello a su manera, si es proyectado hacia un espectro más amplio de la relación entre la novela —como texto literario destacado— y la subjetividad indígena, sigue estando un tanto más acá del límite de representación subjetivo, aunque a veces lo bordee.

Y en este punto, la cuestión consiste en determinar desde qué mecanismos, el acto de introducir la pluralidad o la diversidad lo que en realidad estaría llevando a cabo sería la instauración de un tipo de caparazón que cubriría al verdadero sujeto enunciante. Algo que puede nombrarse como un efecto de representación y un efecto de multiplicidad de subjetividades. Según esta lógica, el autor que no sobrepasa los límites de representación impuestos en su contexto geocultural e histórico estaría trabajando hacia un final objetivable, traduciendo, transcribiendo y transformando los pequeños relatos de «los asuntos humanos» hasta convertirlos en todo tipo de materiales, documentos y medios para darles una existencia reificada (Herlinghaus, 2004: 21). Sin embargo, algunos otros insistirían en ignorar los márgenes; su experiencia no responde a la «meta mundana y objetivadora», y

[e]stos narradores nos hablan desde los trasfondos y los patios interiores de las exclusiones modernas —divisiones entre representación y praxis, reificación y pertenencia, razón ordenadora e imaginación impura, reificación y pertenencia, en una palabra, la división entre *Historia* y los *relatos menores* (Herlinghaus, 2004: 21).

Sin embargo, con todo lo funcional que pueda parecer esta división, que ciertamente desmarca un tanto a Revueltas de Rulfo, y otro tanto más de Arguedas, hay un problema cuando esta posibilidad es interiorizada. Y es que la hegemonía, el estatismo, el poder instrumentalizador y el carácter finalmente lineal y ordenado del sistema literario y de la historiografía, algo que Ranajit Guha ha visto con certeza (Guha, 2002), como *orden del discurso*, a lo que tienden es a convertir a este tipo de *extraños* sujetos en héroes culturales. Y un héroe, ya se sabe, pierde todo poder cuando su hazaña es convertida en relato.

Bibliografía

- ADORNO, T. (1975): *Dialéctica negativa*, Madrid: Taurus.
- ARENDT, H. (1998): *La condición humana*, Barcelona: Paidós.
- ARGUEDAS, J. M. (1998): *Los ríos profundos*, Buenos Aires: Losada.
- ASENSI, M. (2011): *Crítica y sabotaje*, Barcelona: Anthropos.
- ASENSI, M. (2012): «Los CSI y la guerra de Arguedas (en torno al silogismo del discurso en el pensamiento e la crítica como sabotaje» en Bolognese, Ch.; Bustamante, F.; y Zabalgaitia, M. (eds.), *Éste que ves, engaño colorido... Literaturas, culturas y sujetos alternos en América Latina*, Barcelona: Icaria, 57-82.
- CORNEJO POLAR, A. (1996): *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*, Lima: Horizonte.
- CORNEJO POLAR, A. (1996): «Una heterogeneidad no dialéctica: Sujeto y discurso migrantes en el Perú Moderno», *Revista Iberoamericana*, vol. LXII, nº 176-177, 837-844.
- CORRALES, E. (2011): «Julio Ortega: en la obra de José María Arguedas habla el peregrinaje del español andino», *El Porta(l) Voz. Autorrelato de la cultura iberoamericana*, <<http://www.lettralia.com/253/entrevistas01.htm>>, [01/05/2012].
- GUHA, R. (2002): *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*, Barcelona: Crítica.
- HERLINGHAUS, H. (2004): *Renarración y descentramiento: mapas alternativos de la imaginación en América Latina*, Madrid: Iberoamericana.
- LÓPEZ PARADA, E. (1999): *Una mirada al sesgo. Literatura hispanoamericana desde los márgenes*, Madrid: Iberoamericana-Vervuert.
- REVUELTAS, J. (2003): *El luto humano*. México, D.F.: ERA.
- ROWE, W. (1996): *Ensayos arguedianos*, Lima: SUR.
- SLICK, S. (1983): *José Revueltas. Twayne's World Authors Series*, Boston: Twayne Publishers.
- SPIVAK, G. (2009): *¿Pueden hablar los subalternos?*, Barcelona: MNAC/MACBA.